

O mi versión de ello...

Jorge Arce

Nuestra historia...
O mi versión de ello.

Una novela de
J.R. Arce



Capítulo 1

-Ayer te vi.

-¿Oh sí? ¿Dónde?-

No estoy seguro que en tu respuesta hubiera un genuino interés, pero carecía de importancia, lo que importaba era que en ese momento ya tenía tu atención.

-En el club de leones, en el salón de las reinas, tu foto estaba justo debajo de la de tu madre-.

Quizás es solo mi imaginación, pero creo que en ese momento me cambie de silla, acercándome a la tuya. Como sea, así es como lo recuerdo, o como me gusta recordarlo. Sentados en esa mesa redonda, platicando sobre ti, tu reinado en el club y como tu madre lo fue antes que tu.

-Soy Jorge. Dije mientras te tendía mi mano.

-Miriam.

Aunque siempre lo niegas la verdad es que los tragos hablaban por ti, como prueba de ello me basta decir que esa primera noche, en nuestra primera conversación, incluso me platicaste tu relación con tu abuelo y como él fue la causa para que te postularas a reina.

Así inició nuestra relación. Como por casualidad, conmigo asistiendo a una fiesta a la que no estaba invitado, y contigo con un par de bebidas más de las que usualmente sueles tomar. Y la realidad es que de no ser por esos dos insignificantes factores, grandes serían las probabilidades de que jamás nos hubiéramos conocido. Serendipia en su máxima expresión. Deja me explico un poco mejor, para eso ocupo irme antes del inicio de esta historia.

La realidad es que ya te había visto, en dos ocasiones. La primera vez, estaba yo sentado en la mesa del ingreso al rave, cobrando la entrada a la fiesta. En eso te paraste delante de mí, seguías a algunos de tus amigos quienes ya habían pagado. Llevabas un vestido turquesa, algo corto y formal para el evento, y unas zapatillas considerablemente altas, como todas las que tienes. Vaya, tu vestimenta denotaba que no habías salido con la intención de ir a ese rave, seguramente venías de otra fiesta y por peculiaridades de la vida caíste ahí.

En la segunda ocasión nos topamos en una fiesta. De nuevo a una fiesta a la que no estaba invitado, o bueno digamos que era el invitado de

un invitado. A petición de un amigo llegamos allí para saludar a una chica con la que salía. Como buen amigo accedí a llegar, uno nunca le puede decir que no a alguien cuando se trata de favorecerlo con alguna mujer. Y ahí estabas tú, con ese trajecito de mezclilla que nunca he sabido definir si es shorts con camisa incluida, o un muy sensual atuendo de piloto de carreras. Para mi suerte estabas con tus amigos, los que ese día descubrí, algunos eran amigos en común.

Estuvimos solo un momento ahí, al poco tiempo nos fuimos a la casa de la Adri, donde cruzamos palabra, me sacaste plática, si aunque también esto niegues, la realidad es que la primera vez que conversamos fue porque tú te acercaste a mí. Pero supongo que ese no era el momento en el que debía de suceder. Después de unos minutos me fui.

Serendipia. Allí estábamos esa noche en la que los astros se alinearon, concediéndonos ese mágico momento que ninguno esperábamos y que teóricamente no debía de ocurrir. En esa fiesta a la que no pensabas ir y en la que yo, como ya dije, no estaba invitado, con los tragos necesarios para que aceptaras a platicar con un extraño y yo a tan solo un día de haber visto tu foto colgada entre el resto de fotografías del salón de las reinas, suficiente para dar pie a nuestra conversación.

Hablamos toda la noche. Me platicabas sobre tus hermanos, esa vez en la que tus papas salieron de la ciudad y les cocinaste comida china. Que no llegaron a comer nunca y terminaste por invitar a unos tíos para no desperdiciar la comida.

Nos reímos de tu estatura. Te quitaste las zapatillas de corcho de doce centímetros de alto, tenias razón, realmente eres MUY chaparra, lo sigues siendo claro. Y en algún punto te fuiste a bailar con una de tus amigas. Poco te duro el gusto, después de un par de pasos ambas fueron a dar al piso, ella encima de ti y las bebidas de ambas sobre tu sweater de rombos verde.

-Creo que ya no habrá más vodka para ti-. Te dije burlándome mientras te acercabas.

-Si no estoy borracha, mi amiga se tropezó e hizo que me callera.

-Obvio que estas peda, te caes bailando, tienes toda la ropa mojada de licor, y hace un momento te quitaste los zapatos en plena fiesta.

-¡Hey! Primeo que nada nos tropezamos bailando, y no me quite los zapatos, solo te demostraba que si estoy bien chaparra.

-Te quitaste la zapatilla y tocaste el piso, de seguro tienes los pies negros. Eso es de cholas o de borrachas, casi siempre de cholas borrachas.

-Grosero, claro que no estoy tomada, mañana me voy a acordar de todo, es mas dame tu correo te voy a anexar al Messenger para demostrártelo.

Deja aquí hago un paréntesis, para recalcar que TU me pediste mi correo, si, una de tantas cosas que niegas sobre el día en el que nos conocimos, pero que no por eso deja de ser menos verdad. Pensándolo bien creo que eras TÚ quien me quería ligar.

Esa fue nuestra primera conversación en la noche en que nos conocimos, más o menos, quizás algunas cosas no sean tan fidedignas, pero como ya lo dije antes: así es como lo recuerdo. O simplemente mi versión de ello.

Capítulo 2

Como es costumbre la cruda no me dejó mover en todo el domingo. Pero el lunes en la tarde saliendo de la oficina me conecté al Messenger, bueno no es como si en horas laborales no lo hiciera, pero en la tarde fue cuando me llegó tu invitación. Cuando menos si habías recordado anexarme.

Era una época muy extraña en mi vida, un tanto depresiva. Pasaba la mayor parte del día conectado a la red ya fuera en el trabajo o en la casa. En ella encontraba todo lo que necesitaba: películas, libros, series, noticias, incluso esa pseudo-interacción humana, que bien saben explotar las redes sociales. Juro que si se hubiese podido habría bajado la comida de alguna página y la hubiera impreso, así hasta el salir a la cocina me habría evitado.

Pero el punto es que ahí estaba tu invitación para ser tu amigo de MSN, obvio acepté de inmediato, y abrí una ventana para saludarte. Tenías esa imagen de display en la que salías con los risos a todo lo que da, una camisa blanca y el brazo estirado sosteniendo la cámara para tomarte la foto tu misma. Era ese tiempo en la historia en el que el término "selfie" no era aún inventado.

Conversamos hasta entrada la noche. Así lo hicimos la mayoría de las noches en esa semana. Eran como citas vía online. Me sentaba delante del ordenador, me servía algo de tomar, ponía música y platicaba contigo hasta la madrugada.

Uno de mis más gratos recuerdos de esos tiempos, en los que te cortejaba, o al menos intentaba hacerlo, fue la noche en la que te lleve a Venecia. Y digo te lleve por que para mi casi lo fue. Cuando se lleva una vida rutinaria, de lunes a viernes metido en un cuarto u oficina frente a un monitor, y tu contacto con la raza humana se limita a mensajes de texto o MSN y lo más parecido a ver el rostro del interlocutor es la foto que pueda tener en su perfil o display, se genera una especie de vida virtual que es igual o más relevante que la que uno llamaría "real".

Ahí estaba yo esa noche helada con la persiana abierta, podría verse las estrellas desde donde estaba sentado, podría haber sentido el viento frío que corría afuera, si tan solo hubiera tenido la ventana abierta o tan siquiera hubiera volteado a verla. En cambio estaba sentado frente al monitor, aun con el uniforme del trabajo, una copa de vino tinto, Dean Martin en youtube, listo para mi cita contigo.

Hablábamos de viajes, me contabas tu reciente viaje a Monterrey

con tu familia y mencionaste que tu sueño era conocer Venecia.

-Es hermoso-. No sé por qué cuando hablaba contigo usaba ese vocabulario tan cursi.

-Mi mama fue con sus amigas, dice que huele a agua estancada, pero aun así se me antoja ir.

Te envié una foto de las que tome en mi viaje por Europa. -Si he escuchado que en verano apesta, no lo sé, yo fui en invierno y no olía para nada. De hecho hacia tanto frio que la moquera no te dejaba ni respirar, menos oler.

Abriste la foto, era una imagen de la plaza San Marcos. En la fotografía se apreciaba el Palacio Ducal y el campanario de la Basílica.

-Estuvimos solo un día en la ciudad. El frio era casi insoportable pero valía la pena por disfrutar del lugar.

-Me imagino. ¿Hace cuanto que fuiste?

-Hace un par de años. Íbamos cuatro amigos de backpacker por Europa, pero para cuando llegamos a Venecia uno ya se había ido a otro lado.

-¿Como que a otro lado?

-Si en Roma, la ciudad donde estuvimos antes de partir rumbo a Venecia, el agarro avión y se fue a Grecia, a visitar a una amiga. De hecho así fue como inicio todo el plan de ir a Europa porque él quería ir a verla.

-Oh que romántico. ¿Fueron solo porque quería ver a su novia griega?

-En realidad no era su novia solamente se la quería tirar.

-Que pelado. ¿Y por lo menos tuvo suerte?

-No cuando llego resulto que andaba en sus días y para colmo cuando él estaba allá falleció su abuelo, así que lo dejo al segundo día y se fue con su familia al funeral.

-Pobre todo el viaje para nada.

Seguí enviándote fotografías, mientras te contaba cada memoria que tenia de esas imágenes. La entrada a la galería de Guggenheim, la foto mostraba la puerta de ingreso, en realidad no entramos costaba diez y seis euros y ya no traíamos dinero. La foto del bar al que si entramos.

-Tuvimos que cargar al Reque por que se puso todo pedo.

-O sea que tomaron mucho, pensé que ya no traían dinero.

-Pues no traíamos dinero para el museo, pero para cerveza si, dicen que es como comer carne, así que podría decirse que también fue nuestra comida.

-¿Y tomaron algo de vino de la región?

-No qué demonios la cerveza más barata que tenían, y nos pusimos a platicar con un viejito italiano que estaba ahí.

-¿Sabes italiano?

-Por supuesto que no, pero como se parece poquito al español, pues entre palabras y señas nos dábamos a entender. Al principio estaba muy divertido, platicábamos de la política en México. Después comenzaron a hablar de futbol, pero como yo no sé nada de deportes me aburrí y me puse a ver la tele.

Ahora que lo rememoro no estoy tan seguro de haberte dado una imagen clara de la ciudad ni de su historia, de lo que como arquitecto representaba poder visitar todos esos espacios que durante años estude en libros, o que en mi platica pudieras entender la sensación de haber estado ahí, pero que se le puede hacer. Eso es lo que más recuerdo de mi visita a Venecia.

Capítulo 3

-Qué tipo de cine te gusta. Te pregunte con toda la intención de dirigir el tema y para poder invitarte a ver una película.

-De terror-. Para mi "buena suerte", resulto que te gustaba el cine de terror, que es casi el único tipo de películas que no me gusta ver, entre esas y las clásicas películas de amor son las que más me castran. Predecibles y llenas de clichés... Bueno resulto que precisamente esos dos géneros son tus favoritos.

Como al final de cuentas la intención era invitarte al cine para pasar tiempo contigo y no tanto para ver la mentada película, así que, sin importarme el género entre a la página del cine para ver que películas estaban en cartelera.

"Espejos siniestros", eso era lo único de terror en ese momento, protagonizada por Kiefer Sutherland, leí entre la información de la película. "En realidad no es mal actor quizás la película no sea tan mala", quise mentirme a mí mismo.

Sin darle demasiadas vueltas al tema de la película, te invite al cine. -Casi nunca suelo salir con un amigo al cine... sola-. Fue tu respuesta.

No supe si con ese comentario intentabas encasillarme en la Friendzone, con el adjetivo de "amigo". Pero no le di importancia. -Siempre hay una primera vez-. Contesté haciendo gala de mi repertorio de frases hechas.

Pase por ti para ir al cine. La aludida película estaba en la sala V.I.P. por lo que el boleto costaba más del doble de una entrada normal. Aun así tenía buenas esperanzas, que mejor que el viejo truco de llevar a tu cita a ver una película de terror, donde a media función sin poder soportar el miedo se voltea contigo para abrazarte, haciéndote quedar como un héroe capaz de protegerla.

Solo había un pequeño detalle que me inquietaba.

La sala V.I.P. está dispuesta de la siguiente manera: las filas se componen de dos butacas seguidas de una mesa (así sucesivamente, de dos en dos alternadas por una mesa) de modo que si se va en grupos más grandes las personas quedan divididas por esas mesas intermedias. Era ese pequeño detalle el que me tenía inquieto, el que podía estropear mi magnifico plan.

Caminaba delante de ti, dirigiendo el camino en la oscuridad de la sala, hasta el centro de la misma para después buscar sentarme en el centro de la fila de butacas. Entonces sucedió lo que me temía. Una vez sentado solo pude ver cómo me pasabas de largo para irte a sentar del otro lado, dejando una mesa entre medio de nosotros.

Inicio la película. Se trataba de una tienda departamental cuyos espejos para probarte la ropa estaban malditos. Creo que le estoy haciendo un favor en mi sinopsis puesto que la película era aún peor que la patética reseña arriba descrita.

No habrían pasado más de veinticinco minutos cuando sin poder aguantar más la tortura voltee contigo. -A la madre que película tan mala-.

-Tú fuiste el que la escogió-. Dijiste entre risas.

-Porque tú dijiste que te gustaban las películas de terror, por eso escogí esta.

-Pues si me gustan, pero las que sí están buenas no está cochinada.

-No manches de verdad que nunca había visto una película tan mala, bueno si he visto, pero nunca había pagado tanto. Ni modo, y yo que la escogí para quedar bien contigo.

-Que tonto estas, si quieres nos podemos ir.

-Vamos a quedarnos, esta tan chafa ahorita que no creo que se pueda poner peor, igual en una de esas y se compone.

Aguantamos el resto de la función, solo para descubrir que estaba equivocado.

Capítulo 4

Éramos dos mundos aparte. Dicen que los hombres son de Marte y las mujeres de Venus. En nuestro caso era algo parecido, solo que no se trataba de una cuestión de género, sino de épocas. Me refiero a que era como si proviniéramos de siglos distintos, yo haciendo mi esfuerzo por sobrevivir en el siglo veintiuno, tú en cambio parecías aferrada a mantener costumbres de principios del siglo diecinueve.

Habíamos quedado ir por un café. Al salir del trabajo me apure por llegar a la casa, ducharme y arreglarme para ir por ti. Todo parecía ir bien, hablamos por el cel., ya estabas lista esperándome. Solo que omitiste decir un pequeño detalle, no estabas sola, te acompañaba una pareja de amigos.

Habría que decirlo con todas sus letras, la sorpresita me cayó como balde de agua fría. No me malentiendas, como después intente explicarle a Jonás, no se trataba de que fueran o no, sencillamente pensé que teníamos una cita y termino siendo una salida grupal.

Fuimos por el café, y la noche no pintaba mejorar. Mi estado de ánimo era el menos apropiado, no sabía si estaba molesto o desilusionado. Llevar chaperones no era mi plan, pasé la mayor parte del tiempo sentado tomando mi café y fumando mientras los escuchaba platicar a ustedes tres.

Admito que en realidad no estuvo tan mal, escucharlos hablar de sus aventuras de bachillerato, me ayudo a conocerte mejor. Platicas que se remontaban incluso hasta la infancia, cuando eras una chaparrita flaca y con trenzas, tocando constantemente (castrantemente como estoy seguro que lo habrás hecho) el timbre de tu bicicleta.

Te mirabas hermosa, entre bocanadas de humo y tragos de café te miraba mientras hablabas. Si algo me enamoro de ti fue tu sonrisa pequeña, y el brillo en tus ojos al reír. Siempre tan natural.

Se perfectamente que en toda relación uno de los dos es siempre más atractivo, queda claro que en esta, el feo soy yo. Aunque dejando de lado el físico, al cual no podría ponerle un solo pero; tu belleza, por cursi que parezca, proviene del interior. Tu manera tan sencilla de ser, la nobleza en todos tus actos, y la inocencia inherente a tu persona, simplemente te destaca de entre los demás. Nunca había conocido a nadie como tú.

Aunque trataba de ignorarlo, por mi estado de ánimo, me tenías

deslumbrado.

Acabado el café fuimos a dar una vuelta. No estaba nada convencido al respecto. Tampoco quería ser un antipático, cuando menos no más de lo que ya lo había sido en el café. Así que tratando de comportarme, accedí a ir a ver que había en la calle.

Como era de esperarse la ciudad estaba muerta. San Luis no es muy animada los fines, peor aún entre semana, como era aquel día. Vagando por la ciudad, sin saber a dónde dirigirme nos topamos con la tradicional "casa del terror", que todos los años pone la iglesia cristiana a finales de Octubre, que aprovechando el festejo de Halloween hace intento de ganarse nuevos adeptos.

Sin nada más que hacer nos decidimos a llegar.

De la casa, pues nada, resulto aún más aburrida de lo que pensé. El recorrido a través de las diferentes salas, cada una con demonios que torturaban a pecadores, o algo así. Nada relevante, excepto ese momento en el que al ir entrando a una de las salas, del susto diste un pequeño salto hacia atrás. Me quedaste en el lugar indicado, en la posición correcta; te abrace por la espalda y tu simplemente te quedaste ahí, en mis brazos.

El resto del recorrido lo continuamos así, abrazados.

Fue nuestro primer abrazo. Podría no ser la gran historia de romance, quizás no se parezca a una de esas películas de amor hollywoodense, tal vez si alguien me escuchara contarle esta historia no le parecería interesante, o quizás, simplemente no tuviese mucha importancia...

Sin embargo, si la tuvo para mí.